

Mi padre

Miguel d'Ors

*Profesor Titular de Literatura española
Universidad de Granada*

Muchas cosas están faltándome desde que me falta la presencia terrena de mi padre. Entre ellas, también la sabia, la siempre segura asistencia que me dispensaba ante situaciones como ésta en la que ahora me veo. ¿Qué debo decir y qué no decir?, ¿en qué orden?, ¿durante cuánto tiempo debo hablar?, ¿qué tono debo adoptar? Su larga experiencia humana y universitaria le había proporcionado para este género de asuntos unos criterios yo diría que casi infalibles, que he echado mucho en falta al preparar esta intervención.

Pero, por dolorosa que sea, en términos humanos, esta ausencia, creo que de alguien que desde mis años niños me inculcó su profundo sentido cristiano de la muerte –*vita mutatur, non tollitur*– y que afrontó la suya, como muchos de los presentes pueden atestiguar, con verdadera impaciencia, sería un despropósito hablar en términos de tristeza. Desearía,

pues, que estas palabras no sólo fuesen serenas, sino incluso brillase en ellas la alegría con que don Álvaro aceptó siempre la voluntad de Dios y afrontó en el último tramo de su caminar terreno eso que Joan Maragall llamó «un más alto nacimiento».

Puesto que las facetas profesionales –jurídicas, romanísticas y universitarias– de la poliédrica figura de mi padre van a ser evocadas y valoradas hoy por otras personas con más *auctoritas* que yo en esos ámbitos, y ya que mi condición de hijo suyo primogénito me otorga, en cambio, un punto de vista privilegiado como testigo de los aspectos privados y domésticos de don Álvaro, voy a intentar aportar, en el apretado tiempo de que dispongo, cuatro pinceladas que, como un contrapunto entrañable, contribuyan a formar el acorde completo de su humanidad.

Quiero, de entrada, echar mano de mis recuerdos para traerlo aquí en sus momentos de *otium*. Recuerdos que se encuadran, sobre todo, en las vacaciones estivales y de 1952 en adelante. En aquellos larguísimos veraneos de tres meses en la casa familiar de ‘A Costa’, lugar de Paraños, parroquia de San Miguel de Carballido, concejo de Cotobade, provincia de Pontevedra, mi padre, sin dejar por supuesto de leer y escribir –bien al aire libre, en una de las tumbonas que se colocaban en lo que llamábamos

'la era', bien en su despacho, cuya ventana daba sobre los tejados del lugar-, concedía, por raro que pueda parecer, ciertos tiempos a la diversión. Por ejemplo, a las partidas de 'croquet' que se organizaban en la misma 'era', en las que él -un verdadero estratega del mazo y las bolas, que planeaba y controlaba cada juego como si de la Guerra de las Galias se tratase- y mi hermano Javier eran los invariables ganadores.

Y junto a aquellos ocios diurnos, dinámicos y al aire libre, recuerdo también las veladas nocturnas, cerca de la lareira encendida, acabadas la cena y el subsiguiente Rosario, jugando a la 'dame de piques', el único juego de cartas que don Álvaro se permitía. Jugábamos usando como moneda granos de maíz procedentes de las fincas familiares, previamente contados y repartidos equitativamente. También en este juego mi padre -que, como decían mis hermanas más pequeñas, y a diferencia de ellas, «jugaba pensando»- y mi hermano Javier, cuyo natural hermetismo le facilitaba mucho la necesaria cara de póquer, solían dejarnos a los demás sin un miserable grano de maíz. Mi madre no participaba en aquellas timbas -no sé si porque las monjas de Placeres la habían prevenido de niña contra el vicio del juego-, pero como disfrutaba muchísimo trasnochando por el mero trasnochar, asistía al evento ganchillando con gran satisfacción alfombrillas y alfombrillas de baño.

Pero sobre todo conservo la imagen de mi padre, en Paraños pero también en Santiago y Pamplona, dibujando. Su propio padre, don Eugenio, aparte de un gran crítico de arte, había sido, como se sabe, firme partidario del 'pensamiento figurativo', de las ideas que podían dibujarse, y además dibujaba asiduamente. Esa afición y esa facilidad la heredaron los tres hijos de Xenius: mi tío Víctor, arquitecto de profesión; mi tío Juan Pablo, médico, pero que dejó al morir varios miles de dibujos, y mi padre.

En los años de Santiago, al principio nos entretenía dibujándonos casi siempre lo mismo, quizá porque sabía que los niños exigen que se les cuente siempre el mismo cuento sin variar ningún detalle: un perro echado en el suelo, atento, con las orejas enhiestas y un gran hueso atravesado transversalmente en la boca. Ya en los últimos años cincuenta aquel clásico perro fue alternándose con otros asuntos. Por ejemplo, en una ocasión me dibujó, casi premonitoriamente, escalando una escarpadísima montaña con algunos de mis hermanos. Pero los años de más actividad plástica de mi padre –en realidad de toda la familia– transcurrieron en Pamplona, adelantados ya los años sesenta. Mi hermana Belinha, deficiente profunda, pasaba las vacaciones de Navidad y Semana Santa con la familia. El mal tiempo frecuentemente impedía salir de paseo con ella, y no se la

podía dejar sola. Así que mi padre, siempre tan cariñosamente pendiente de su hija, pasaba largos ratos a su lado. Para entretenerlos, fue comprando unos grandes blocks de dibujo, que empezó a llenar con paisajes y escenas de figuras, casi siempre de tonalidad un tanto elegíaca, hechos con lápices 'Caran d'Ache' y, sobre todo, con ceras. Nos animó a todos sus hijos a colaborar en ellos, y fue titulando cada uno de aquellos cuadernos 'Escuela Orsloisiana' y después el número romano correspondiente a su orden. Yo fui, con él, el que hizo más aportaciones a aquella pinacoteca familiar portátil. Mi padre, como el suyo y como, sobre todo, su hermano Juan Pablo, tenía un estilo notoriamente expresionista, sucio, en el que el color prevalecía sobre el dibujo, a menudo ocultándolo o difuminándolo. Además, siempre hacía muy mala letra al poner el título a sus cuadros, cosa que por cierto le gustaba bastante. Yo, que siempre y en todo fui partidario de la 'línea clara', le reprochaba esta clase de descuidos. En sus últimos años, viviendo yo ya en Granada, los dibujos de mi padre –aparte ya los calendarios de Adviento que hacía cada año– eran generalmente alegóricos o satíricos, casi siempre con un contenido de sentido moral o religioso: la Democracia, el cientificismo moderno, los mártires de Guadalajara y cosas así.

Me gustaría recordar también que no pocos

tramos del tiempo no profesional de mi padre estuvieron dedicados al culto de la amistad. Recibir en su casa a amigos y discípulos –si en su caso cabe establecer esta distinción– fue uno de sus mayores placeres, y el cálido artículo necrológico de la Profesora Amelia Castresana es un claro y próximo testimonio. Otra manifestación de lo mismo era su intensísima actividad epistolar. Creo que don Álvaro jamás dejó de contestar una carta, y él mismo, con un envidiable dominio de la normativa postal vigente y con la ayuda de una pequeña báscula que tenía, las franqueaba para luego llevarlas personalmente al Correo. La fidelidad, la lealtad a sus amigos fue una constante de su vida, y yo diría que visible muy especialmente en la práctica de una de las obras de misericordia que don Álvaro cultivó más y mejor, y de la que más se beneficiaría por pasiva en sus últimos tiempos: visitar a los enfermos. Y quisiera destacar, al hilo de esto, una virtud que en mi padre fue sin duda fruto de un constante y prolongado esfuerzo: la de no hablar nunca mal de nadie, buscando siempre justificaciones benévolas para disimular los comportamientos reprobables de algunos.

La austeridad, ya casi ostentosa, que don Álvaro tenía como norma de su vida, era bastante patente, creo, en su vertiente profesional, la cual le llevó a no querer un despacho propio en la Universidad

y a bajar a ella andando o en 'La Villavesa' (a cuyos servicios recurrió incluso cuando fue a recibir solemnemente el Premio de Humanidades y Ciencias Sociales de la Sociedad de Estudios Vascos). Me decía hace poco uno de mis hermanos, y con toda razón, que nunca había visto a nuestro padre utilizando los servicios de un taxi. Ni él ni nadie, creo yo. Pero quiero referirme ahora a las manifestaciones domésticas de esa austeridad, y la verdad es que son tantas que forzosamente habré de limitarme a unas pocas. Podría, por ejemplo, empezar recordando su despreocupación por aquello que Antonio Machado llamó el «aliño indumentario». «Es que yo no soy el hijo del general Weyler», solía decirnos cuando alguno de sus familiares más próximos le reprochábamos el estado de tal corbata o tal camisa. Esto aclararé que viene de una anécdota que él contó alguna vez y todos en casa conservamos bien impresa en la memoria: parece que en cierta ocasión el famoso militar entró de incógnito en una tienda de Madrid para comprarse una camisa. El vendedor trataba de inclinarse hacia uno de los modelos más caros, alegando, como argumento irresistible, que aquéllas eran las camisas que gastaba el hijo del general Weyler; y Weyler le respondió con la frase que mi padre se apropiaría: «Sí, pero es que yo no soy el hijo del general Weyler».

En materia gastronómica, recuerdo que cuando alguno de sus hijos se resistía a comer algún plato, él lo amonestaba invocando, como para tantas otras cosas, el Evangelio: *Manducate, quae apponuntur vobis*. Así, directamente en latín, para mayor claridad. Personalmente siempre tuve la impresión de que conceptos como lo frío, lo quemado, lo salado o lo soso eran irrelevantes para él. En sus últimos meses, ingresado en la Clínica Universitaria, reprendía a sus hijas Paz, Ana y Pía –que, por vivir en Pamplona, le acompañaban a diario– cuando ellas, ante las dificultades que sus sucesivas operaciones le causaban en relación con las comidas, sugerían la posibilidad de pedir otra cosa que pudiera apetecerle más. No quería ser una excepción en el orden de la Clínica ni una molestia para las enfermeras, a las que profesaba una enorme admiración empapada de afecto.

Podría mencionar también aquí su costumbre de aprovechar la cara posterior de los papeles ya usados, con frecuencia las pruebas de imprenta de sus publicaciones: los llamados en el argot familiar ‘papeles de pintar’. En esto sí puedo afirmar que yo he logrado seguir su ejemplo anticonsumista.

Quisiera rememorar por último ciertos momentos, conservados muy nítidamente en mi memoria, en los que don Álvaro, abandonando su habitual y brillante cultivo de las artes liberales, y a pesar de su

bien conocida incapacidad para la vida práctica, se entregó resueltamente a las mecánicas. Por ejemplo apagando incendios forestales. Había muchos en la tierra de Cotobade por los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, y no existía por la zona ningún cuerpo de bomberos ni cosa parecida. De modo que cuando se declaraba un incendio, las campanas de la iglesia ‘repenicaban’ para avisar al vecindario: una ley no escrita y ancestral pedía que de cada casa acudiese un hombre para contribuir a la extinción del fuego. Varias veces vi salir a mi padre a altas horas de la noche, con una manta enrollada al hombro, como la había llevado durante la guerra. Unido al grupo de improvisados bomberos, y armado con una rama de ‘xesta’, que era el instrumento extintor más comúnmente utilizado, pasaba la noche sacudiendo el fuego para sofocarlo. A él le gustaba recordar –haciendo teoría, como era costumbre en él, a partir de la anécdota– que en una de aquellas ocasiones se encontró dando golpes con su rama sobre un matorral en llamas al lado de una aldeana: sin ponerse de acuerdo, empezaron a azotar el fuego alternativa y rítmicamente, uno y otra, uno y otra... y de pronto la buena mujer –me inclino a suponer que ya había comenzado el Concilio Vaticano II– le dice: «Don Álvaro, sí que dialogamos».

Otra imagen insólita es la de don Álvaro

haciendo frente a un loco violento peligroso, ya en los años setenta. Era Enrique, uno de los hijos de nuestra casera, esquizofrénico fugado del manicomio de Conxo. Había ido varias veces en secreto a 'A Costa' para ver a su madre y quitarle dinero; en una de las ocasiones le había abierto la cabeza dándole con una botella rota. Otro día había proporcionado un buen susto, hacha en mano, a mi madre y algunas de mis hermanas, que habían ido a Paraños por delante del resto de la familia para adecentar aquello. La cosa es que cierto día el tal Enrique llega por la carretera que bordea por debajo la finca, y se acerca muy decidido a la cancela de entrada, al pie de la cuesta que da nombre a la casa. Gran alboroto familiar. Mi padre, entonces, ni corto ni perezoso, se echa camino abajo, se encara con Enrique y en una escena que me pareció casi surrealista le espetta: «Está Vd. a punto de incurrir en un delito de allanamiento de morada, tipificado en el artículo tantos del código penal, lo cual le puede suponer una denuncia, y un juicio, y una condena de tal y de cual...».

Bien dijo Chesterton que, en contra de lo que comúnmente se cree, un loco no es alguien que ha perdido la razón, sino alguien que lo ha perdido todo menos la razón: el nuestro, al menos, quedó tan absolutamente convencido por las impecables argu-

mentaciones de mi padre, que se volvió sobre sus pasos y desapareció, para alivio de todos los moradores de 'A Costa'. Así, haciendo frente con la claridad y la fuerza de la ley a la amenaza irracional de un pobre perturbado, consiguió exorcizar aquella tarde el desorden y el peligro. Este episodio me ha devuelto a la faceta profesional de mi padre, hombre de Derecho radicalmente y a todas horas. A lo mejor, y así quiero terminar, su actuación en aquel caso era un símbolo de lo que, de un modo u otro, estuvo haciendo a lo largo de toda su vida.